

tra alma, como un preciosísimo tesoro, estas instrucciones, estos sentimientos y estas máximas que os he dado acerca de la Cruz. Con las primeras adquiriréis aquella sabiduría sublime á que aspiraba solamente el grande apóstol, que no queria saber mas que á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado: con los segundos sentiréis brotar en vuestro corazon esa fecundidad prodigiosa que derrama tantos encantos sobre las santas humillaciones y los santos padecimientos que acrisolan á los justos; y con las terceras llegaréis á ser los señores de vosotros mismos, saliendo siempre victoriosos en los terribles combates en que á cada paso os hallaréis contra el demonio, contra el mundo y la carne: es decir, católicos, que seréis sabios, seréis virtuosos y eternamente bienaventurados.

Sea así: llegue ese dia perdurable, ese dia siempre claro, ese dia sin noche en que recojáis el fruto precioso de estas luces, de estos sentimientos y virtudes, conociendo, amando y poseyendo á Jesucristo con el Padre y el Espíritu Santo por toda la eternidad.—AMEN. †



SERMON

SOBRE LA

PERSEVERANCIA CRISTIANA,

PREDICADO

EN EL ULTIMO DIA

DE UNOS

EJERCICIOS ESPIRITUALES.

SERMON

SOBRE LA

PERSEVERANCIA CRISTIANA,

PREDICADO

EN EL ÚLTIMO DIA DE UNOS EJERCICIOS ESPIRITUALES.

Jam vos mundi estis, propter sermonem quem locutus sum vobis. Manete in me, et ego in vobis.

Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado. Quedad en mí, y yo en vosotros.

San Juan, cap. XV, vv. 3 y 4.

HERMANOS MIOS:



EN el periodo breve de tiempo que hemos dedicado todos á este santo retiro, hemos recorrido un espacio sin límites, hemos subido al cielo, visitado el orbe, descendido al abismo, y lo que es mas, registrado con la triple antorcha de la fe, del temor y la esperanza las misteriosas é inaccesibles regiones de nuestro corazon. Las graves y profundas reflexiones de la soledad han hecho aparecer á la vista de nuestras almas otro mundo, otros hombres, otros destinos. Envueltos en las olas de un siglo degradado y corrompido, nos divertiamos sin inquietud cortando las flores que brotan en las márgenes de la vida; nos habian ocupado con interes el esplendor de las riquezas, el fausto soberbio de los honores, y qué sé yo, si tambien los criminales y vergonzosos placeres de la carne y de la sangre: agitados por el viento de la prosperidad, jamas habiamos querido contemplar el espectáculo del dolor y la miseria: perse-

guidos por la tribuacion, nunca nos resolvimos á consagrarla en las aras augustas del arrepentimiento: siempre ciegos y adormecidos en la culpa, ni habiamos calculado sus funestos y deplorables efectos, ni consultado, para conocerlos, al oráculo infalible de la verdadera sabiduría: parecia que los siglos estaban pendientes de nuestros labios, y que ya se habian abolido para siempre las leyes eternas y divinas que fijan el término del individuo, y distribuyen irrevocablemente en dos grandes, pero muy desiguales porciones, la última é infalible condicion de toda la especie humana. Tal, señores, era el sistema que determinaba nuestra conducta y que arreglaba y dirigia el curso de nuestros proyectos y de nuestras esperanzas, cuando una fuerza desconocida, misteriosa, pero soberana é irresistible, nos detiene en la fatal carrera, corta nuestras relaciones, suspende nuestros negocios, y nos conduce aquí sin otra comitiva que las memorias de una vida criminal, la luz de la reflexion y el tribunal severo de la conciencia. Solos, abandonados á nosotros mismos, hundidos en la noche de nuestros pensamientos, una voz que nos recuerda nuestro fin, nos hace estremecer. No hai medio: ó con Dios, ó contra Dios: ó una eternidad feliz, ó una eternidad desgraciada.—¿Cuál será pues mi suerte? se decia cada uno de vosotros á sí mismo; y á esta pregunta sola respondieron la experiencia de lo pasado y la suerte de todos los pueblos. Descorrióse el velo de los siglos y las naciones, y el objeto dominante en todas las escenas del tiempo era el pecado vertiendo á torrentes el mal por cuantos paises visita el sol en su dilatada carrera. El ángel del Señor arrojando del Paraiso al desgraciado padre del mundo; la familia proscrita; la muerte tomando posesion de la tierra por la mano de Cain; el cielo bajandó á torrentes á devorar las generaciones, consumiendo despues y reduciendo á cenizas las ciudades delincuentes; los pueblos todos agitados por la guerra, devorados por el hambre, perseguidos por los elementos, anunciando siempre decrepitud y ruina; el hombre rabiosamente despedazado por sus propios crímenes, presa del dolor y la miseria, patrimonio de la muerte: he aquí el pecado y sus efectos; „el pecado os deciais, que me ha posei-

do, el pecado que hace mis delicias, que habita en mí, como Señor absoluto de todo mi ser. ¿Cuál será pues mi suerte? Oh eternidad! ¡pielago insondable! ¡region misteriosa! ¡abismo profundo, que el ojo no mide ni la razon humana comprende! ¡oh nombre, grato y horrible al mismo tiempo!... ¿Cuál será pues mi suerte?—Dios, hermanos míos, permite que cargue sobre nosotros el dolor y el remordimiento; pero á fin de que la desesperacion no nos arrebathe en este sitio donde habia de obrarse nuestra regeneracion santa, tiende presto hácia nosotros los tiernos y paternales brazos de su misericordia, se digna obsequiarnos otra vez con el dulce título de *hijos*, y conviérte nuestros ojos á la montaña santa, donde la Gran Víctima pagó con su sangre pura la inmensa deuda de todas las generaciones. ¿Qué sucedió entónces, hermanos míos? Díganlo estos muros santos que nos rodean, testigos fieles de los gemidos, de los deseos ardientes de nuestro corazón. La gracia bajó á nuestras almas, como el puro rocío de los cielos; y desde el pavimento augusto de este santuario se elevaron juntas hasta el trono de las misericordias nuestras lágrimas copiosas y nuestras plegarias humildes. Una piadosa confianza nos condujo á la piscina celestial; y hoy mismo, que nos reunimos aquí para instar de nuevo á nuestro Padre por el perdón de nuestras culpas, una voz dulcísima y penetrante que sale de ese tabernáculo nos dice á nosotros, como en otro tiempo á los Apóstoles en la primera celebracion de la nueva pascua: „Limpios estáis, porque he hablado eficazmente á vuestro corazón:” *Jam vos mundi estis, propter sermonem quem locutus sum vobis.*

Y qué, Dios mío, ¿puedo yo dar crédito á mis ojos en la ocasion presente? ¿me hallo en efecto restituido á la posesion carísima de vuestro amor infinito? ¿estoy otra vez cubierto con la egida omnipotente de vuestra gracia? ¿No es un último delirio de mi vanidad y de mi orgullo el creerme de nuevo incorporado en la sociedad predilecta que atrae aun hácia la tierra vuestras miradas tiernas y amorosas? ¡Oh prodigio inefable de bondad y misericordia!

Católicos, acabamos de hacer en este sitio respetable una

posa en la carrera de la vida; mañana seguiremos nuestro camino para la eternidad. Muy pronto llegaremos al término común; pero, ¿será para entrar en la tierra prometida? He aquí, señores, la cuestión mas importante sin duda; pero cuya solución pende en gran parte de vosotros. ¿Habéis de conservar siempre el rico tesoro que Dios ha puesto en vuestras manos? Pues alegraos en buena hora, y esperad tranquilos la tremenda cita de vuestro juez. ¿Le arrojaréis de nuevo, como una carga insoportable? pues temblad entónces, porque vuestra pérdida es infalible.

¿Y de qué servirán tantos desvelos y fatigas, tantos votos reiterados, tantas súplicas humildes, tan ciertos desengaños, si no hemos de salir de aquí á santificar el resto de nuestra vida? ¿Tendremos tan poca fe, que hayamos de ver muy pronto marchitarse la flor de la esperanza? ¿Sacaremos de este lugar santo un nuevo y mas terrible cargo que agrave nuestra causa, y haga mas intensa nuestra pena en la eternidad? ¿Tomarán posesion otra vez de nuestras almas, recientemente purificadas con la sangre preciosa de Jesucristo, los antiguos afectos y los hábitos malignos que tanto rubor nos causaron en la presencia soberana de nuestro buen Padre? ¿Siempre favorecidos, siempre ingratos, y al fin reprobos? He aquí, señores, las cuestiones que naturalmente fluyen de nuestro presente estado. ¿Qué asunto, pues, mas conforme á nuestros intereses eternos, mas digno de vuestras almas, puedo elegir hoy que la perseverancia cristiana? Ella es la piedra de toque en la vida espiritual, y la luz que debe servirnos para disipar la oscuridad de la tumba, y columbrar desde acá nuestra futura é irrevocable suerte. Por esto Jesucristo, no satisfecho con anunciaros vuestra purificación, os prescribe la perseverancia. *Manete in me, et ego in vobis.* Permitidme pues, que siguiendo en todo su espíritu, en esta santa predicacion, os hable en su santo nombre sobre *la necesidad estrecha de la perseverancia, y los medios de conseguirla.*

Venid, Espíritu Santo, y obrad en todos los que al presente rodeamos vuestro seráfico trono, las grandes maravillas con que habéis preparado siempre las precio-

sas conquistas del amor divino: purificad mis labios, y abrid á las inspiraciones de la palabra evangélica los corazones de las personas que me escuchan. ¡Oh María, refugio de los pecadores, ruega por nosotros.—AVE MARÍA.

PRIMERA PARTE.

Para probar, hermanos míos, cuan absoluta es la necesidad que tenemos de no abandonar ni un solo instante la Cruz de Jesucristo durante el curso de la vida mortal, no necesitamos por cierto de buscar estudiados hipérboles, ni de pedir á la elocuencia su colorido y sus formas: basta saber, que la inconstancia en los caminos de la salvacion es el hecho importante que derrama toda la luz de la evidencia para explicar esas verdades terribles, con que nos amenaza nuestra Madre la Iglesia, cuando abre á nuestra vista las Santas Escrituras. El sepulcro, hermanos míos, es una urna misteriosa en que se revuelven los destinos inciertos de toda la especie humana. De aquí esa mezcla prodigiosa de temores y esperanzas que produce tan diversos y aun contrarios efectos en el carácter, en las ideas y en los sentimientos del hombre; de aquí las fuertes y terribles alarmas que el pensamiento de la muerte suscita hasta en el corazón de los justos; de aquí el empeño que tuvieron los paganos en embellecer la tumba, el conato loco de los impíos en atacar el cristianismo, y el afán de los pecadores en aturdirse, para no reflexionar seriamente sobre el inevitable término de todas las grandezas humanas. Una cosa pues hai que esperar, y otra que temer en nuestro advenimiento á la última morada: *la perseverancia final*; he aquí el bien mas precioso que se puede desear: *la impenitencia final*; he aquí el mas terrible y funesto accidente que se puede temer. Se trata pues del soberano bien, y del último mal: ¿cuál debe ser nuestra conducta? Aproximarnos con avidez al primero, y alejarnos constantemente del segundo. ¿Cómo conseguir uno y otro? No hai mas que